

tres reyes: todo este conjunto prodigioso no podia menos de mover los corazones sensibles á admirar y venerar tanta virtud junta. En efecto, S. Juan de Sahagun era aclamado públicamente por santo. Su temerosa conciencia lo resistia, y procuró con artificios ridiculizarse para minorar su estimacion, haciendo que le tuviesen por loco; pero segun la palabra de la divina sabiduria, esta misma humillacion le produjo nuevos ensalzamientos, ya de parte del cielo, ya de parte de los hombres. El cielo dándole virtud para deshacer las enfermedades, restituir á los mancos, cojos y tullidos el uso de sus miembros, y hacer que la muerte no tuviese dominio en su presencia, como sucedió con una sobrina suya, á quien levantó del féretro viva despues de muchas horas de muerta. Quiso el cielo premiar sus virtudes y trabajos, llevándole á gozar de la gloria que estos merecian. Pero en esto mismo manifestó la predileccion con que miraba á este gran siervo de Dios, permitiendo que muriere por predicar contra la deshonestidad como el Bautista. Se tiene por cierto, que una mujer poderosa, de cuyos lazos torpes habia el Santo librado á un caballero, le dió veneno con que se fué poco á poco secando.

Seguióse al suceso dicho la muerte de nuestro Santo lleno de merecimientos en el día 11 de junio de 1479, quedando su rostro con una extraordinaria hermosura, y su cuerpo flexible, despidiendo un suavísimo olor; al que dieron sepultura en la iglesia de su convento de Salamanca, despues de haberle tenido algunos dias en el féretro para satisfacer la devocion de las innumerables gentes que concurrían á venerarle. No tardó el Señor en acreditar la opinion de santidad que siempre tuvo su fiel siervo por medio de repetidos milagros, que hicieron célebre su sepulcro, visitado por lo mismo de la reina D.^a Isabel, Fernando V, Carlos V, y los reyes Felipes II y III, los cuales dieron motivo á que se tratase de su beatificacion y canonizacion, y que se hiciese la traslacion de sus reliquias en el año de 1533 á una capilla de nuestra Señora, y de ésta á otra, dispuesta en forma de tabernáculo, en el de 1569, donde hoy se veneran. Los procesos justificativos se pusieron en estado en el de 1525, y se reasumieron en el de 1545, continuados bajo diferentes papas á instancias de los reyes de España, y de los eremitas de S. Agustin; en virtud de los cuales le declaró beato Gregorio XIII en el año 1572; y en 9 de junio de 1601 concedió Clemente VIII que pudiese celebrarse su oficio por todo el clero secular y regular de Salamanca; cuyo indulto, aplicado despues á la provincia de eremitas agustinos de Castilla, estendió su

Santidad á todo el orden y pueblos de Sahagun y Cea en 11 de octubre de 1603. Con todo esto no se cesó en proseguir la causa hasta su canonizacion, que hizo con efecto con las solemnidades acostumbradas la santidad de Alejandro VIII en 16 de octubre de 1690 juntamente con las de S. Lorenzo Justiniani, S. Juan Capistrano, S. Juan de Dios y S. Pascual Bailon.

Escribió S. Juan de Sahagun unas confesiones de su vida, y notas marginales sobre la Biblia y sobre la Suma Bartolina.

SAN ONOFRE, ANACORETA.

ENTRE las vidas de los Santos, algunas hay de ermitaños y perfectísimos anacoretas, los cuales moraron muchos años en los desiertos, y siendo hombres como nosotros, vivieron tan áspidamente que suspende el entendimiento, considerando lo que puede nuestra frágil carne, confortada con el favor de aquel Señor que escoge y se sirve de las cosas flacas, por mostrar mas su poder. Tal es la vida de S. Onofre, anacoreta, la cual escribió un santo monge llamado Pafnucio, y es de la manera siguiente:

Estando Pafnucio en el yermo, inspirado del Señor, le vinieron deseos de conocer y tratar los varones santos que habia en aquellos desiertos; y despues de haber caminado algunos dias y vencido grandes dificultades de cansancio, hambre y sed, vió venir de lejos un hombre desnudo, cubierto de cerdas, al modo de una espantosa fiera, y ceñido con una cinta hecha de hojas de árboles. Asombróse Pafnucio; y viendo que se dirigia á él, desfavorido huyó y se subió á un monte; y el hombre desnudo le siguió hasta la falda del monte, y se dejó caer en tierra, y alzando como pudo la voz, le habló de esta manera: *Varon santo, descende; que hombre soy mortal, que vivo en este desierto.* Oyendo estas palabras, luego bajó Pafnucio, y se echó á sus pies, y él lo hizo levantar, y sentar junto á sí. Preguntóle por su nombre Pafnucio; y él respondió que se llamaba Onofre, y que habia sesenta años que vivia en aquella soledad; y que en todo este tiempo nunca habia visto otro hombre, sino á él; porque siendo mozo, y monge en el monasterio llamado Erico en Thebas (donde habitaban cien monges, grandes siervos de Dios, y muy unidos en la misma fe y caridad), y habiendo oido decir de la vida que hizo el profeta Elias y S. Juan Bautista en el desierto, y que era cosa mas perfecta vivir en soledad, apartado de los hombres, y pendiente de sola la providencia de Dios, que no en la comunidad donde hay tantas ayudas y so-

corros; se determinó á seguir lo que le decian, que era mas perfecto, y tomando algunos pocos panes, que le podian bastar para cuatro dias, salió del monasterio, y entró en el desierto, y vió una luz que iba delante de él guiándole, de que quedó algo turbado, no sabiendo lo que era, ni lo que haria; y que estando en esto, habia oído una voz que le dijo, que no temiese, porque era el ángel de su guarda, que venia á guiarle en aquella jornada, la cual era muy agradable á Dios nuestro Señor. Dijo mas: que animado con aquella voz, y con tan buena compañía, caminó por aquella soledad como siete millas, hasta que llegó á una cueva, y queriendo saber si vivia allí algun solitario, llamó á la puerta, pidiendo que le bendijese el que estaba dentro; y que habia salido de ella un venerable viejo en traje de ermitaño con un rostro de mucha gracia y gravedad, y que cuando le vió, se derribó á sus pies, haciéndole la debida reverencia; mas que el santo viejo le levantó de la mano, diciéndole: *Tú eres, Onofre, mi huésped é imitador: entra, hijo, y persevera en lo que has comenzado, que Dios te ayudará:* y que habia entrado en la cueva, y estado en compañía del viejo algunos dias, aprendiendo de él la vida é instituto de los ermitaños; y cuando le pareció, que ya estaba bien instruido, le dijo que le queria llevar á otra cueva mas apartada en que habitase solo, porque esta era la voluntad de Dios; y así le llevó mas adentro del desierto, cuatro dias de camino, donde hallando una palma cerca de una pobre choza, le dijo que aquel era el lugar que Dios le tenia aparejado; y que estuvo treinta años con él, y cada año se veian una vez, hasta que murió, y enterró su cuerpo allí junto á la choza en que vivia. Todo esto dijo el santo viejo Onofre á Pafnucio con particular instinto del Señor, para su edificacion, y de otros que de él la oyesen, y porque sabia el fin para que Dios le habia traído á aquella soledad. Admirado Pafnucio de la narracion de Onofre, le preguntó: si en los principios, cuando comenzó aquella vida, habia padecido grandes molestias y dificultades; y él le respondió que habian sido tantas y tan terribles, que muchas veces habia pensado perecer de hambre, y de sed, y de frio, y de calor; pero que viendo nuestro Señor su paciencia, y sus ayunos, y penitencia, le habia enviado despues su santo ángel, que le traía el sustento cotidiano y un poco de agua; y que tambien aquella palma le daba al año doce racimos de dátiles, uno para cada mes; los cuales y algunas yerbas que comia, le parecian mas sabrosas y mas dulces que la miel. Todo esto trataron los santos monges al pié del monte donde se encontraron, y Pafnucio estaba contentísimo y

olvidado del trabajo que habia tenido en aquel camino, por haber hallado á tan santo varon. Levantóse el santo viejo, y díjole que se fuese con él. Llevóle á su choza ó cueva, donde estaba la palma, y vieron en medio de ella pan y agua. Dieron gracias á Dios, y comieron siendo ya puesto el sol, y pasaron la noche en oracion, apartado el uno del otro. Amaneció el dia siguiente, y mirando Pafnucio el rostro de Onofre, le vió muy trocado de color, y turbóse. Notó esto el santo viejo, y díjole: *Hermano Pafnucio, no temas; porque el Señor, que es misericordioso, te ha enviado aquí, para que entierres mi cuerpo; porque hoy acabo mi peregrinacion, y me voy al lugar de mi descanso. Y si fueres á Egipto, da cuenta á los monges de lo que te he dicho, y de las grandes misericordias que he recibido de Dios; en cuya bondad confío, hará muchas mercedes á los que se encomendaren á él, tomándome por intercesor; porque así lo he pedido y suplicado.* Díjole Pafnucio, que despues de ser él muerto, deseaba quedarse allí para vivir en aquel lugar; mas el santo viejo no vino en ello, diciéndole, que no era aquella la voluntad de Dios, sino que se informase de las vidas y ejemplos de los Santos que moraban por aquellos desiertos, y los narrase á los otros monges de Egipto para edificacion; y que así se volviese á su primera habitacion. Echóse Pafnucio á los pies del santo viejo Onofre, y pidióle que le bendijese, y que suplicase á nuestro Señor, que como se le habia dejado ver en la tierra en carne mortal, se le dejase ver inmortal en el cielo. Y despues de haberle dado Onofre su bendicion, se puso de rodillas, é hizo oracion con muchas lágrimas y gemidos, y cayó en tierra su cansado cuerpo, y dió su bienaventurado espíritu con grande alegría á Dios. Oyéronse luego cantares de ángeles, que alababan al Señor. Pafnucio hizo dos partes de su hábito, y con la una cubrió el cuerpo desnudo de Onofre, que tanto habia padecido, y tan buen compañero habia sido en su bendita alma, y púsole en una piedra cavada á manera de cisterna, y muchas piedras á la boca; y deseando quedarse allí, y hacer su vida donde S. Onofre habia vivido, vió que en aquel mismo punto se habia caído aquella pobre casilla en que moraba el santo viejo, y arrancado la palma de que comia; y así entendió que no era la voluntad de Dios que allí permaneciese.

La muerte de S. Onofre fué en tal dia como hoy, aunque no se sabe de cierto el tiempo que vivió.

La misa es en honor de S. Juan de Sahagun, y la oracion es la que sigue:

O Dios, autor de la paz, y amante de la caridad, que condecoraste al bienaventurado Juan, tu confesor, con la admirable gracia de componer á los enemistados : concédenos por sus méritos é intercesion, que afirmados en tu caridad, no nos separemos de ti por ningun motivo. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epistola es del capítulo 51 del Eclesiástico.

Bienaventurado el varon que se encontró sin mancha, y que no se condujo tras el oro, ni esperó en el dinero, ni en los tesoros. ¿Quién es éste, y le alabaremos? Porque hizo cosas admirables en su vida. Para el que dió pruebas de este desin-

terés, y fué perfecto, será la gloria eterna. Pues pudiendo quebrantar la ley, no la quebrantó, y hacer cosas malas, no las hizo. Por lo mismo se han afianzado sus bienes en el Señor, y toda la congregacion de los Santos publicará sus limosnas.

REFLEXIONES.

El justo, que hizo cosas admirables en su vida, y dió pruebas de su desinterés acerca de los bienes caducos, es el que logra ser estimado de Dios, sin que le haga falta la estimacion de los hombres. Si está Dios á mi lado, decia el Apóstol, ¿qué falta me hacen los demás, ni á quien tengo que temer? ¡Mi Dios! ¿dónde se podrá encontrar ni bien que sea mas real, ni gloria que sea mas sólida, ni felicidad que sea mas verdadera, que en vuestra amistad y en vuestra gracia? No debería discurrir de otra manera el que tiene algun rastro de religion; ¿pero discurre, piensa así el dia de hoy la mayor parte de los cristianos?

Desengañémonos, que la verdadera alabanza solo se encuentra en la santidad verdadera. Aunque Moisés hubiera hecho mayores prodigios de los que hizo, ¿seria digno de alabanza, si se hubiera condenado? Conservóse Moisés en la gracia de Dios, afianzó en él sus bienes, y este fué su mérito, y esta fué su gloria. Aunque seas favorecido, mas que seas honrado de los mayores reyes de la tierra, y mas que consigas las mas señaladas victorias de los enemigos del estado; mas que tu nombre

vuele en alas de la fama por todas las naciones del universo; mas que seas el monarca mas poderoso del mundo, ¿de qué te servirá todo esto si al cabo te condenas?

Por muchas veces que hagas estas reflexiones, nunca estarán de sobra, ni es posible hacer otras que sean mas importantes. Llenos están de ellas todos los libros sagrados, y apenas aciertan á hablarnos con otro lenguaje. Por mas oscurecida, por mas desordenada que esté en el mundo nuestra propia razon, tambien siente, tambien conoce lo mismo; pero nuestras costumbres dicen todo lo contrario. Confesemos, pues, que el que deja de ser buen cristiano, deja de ser racional. Ni se piensa, ni se discurre con acierto, sino es cuando se discurre y se piensa, arreglándose á las luces de la fe. Pero ¡ay Dios mio! ¿de qué servirá confesar que es innegable lo que ahora se está leyendo, si no se saca otro fruto que la lectura de esta inútil confesion?

El Evangelio es del capítulo 12 de S. Lucas.

En tiempo que Jesucristo predicaba su celestial doctrina á sus discípulos, les dijo: Tened ceñidos vuestros riñones, y en vuestras manos hachas encendidas. Y sed semejantes á aquellos hombres que esperan á su señor cuando vuelva de las bodas; para que cuando venga y llame á la puerta, le abran al instante. Bienaventurados aquellos siervos, que cuando viniere su señor, les encuentren vigilantes. En verdad os digo, que en este caso se ceñirá él mismo, los hará sentar á la mesa, y pasando les servirá. Felices si así los encuentra, aun cuando venga en la segunda ó tercera vigilia de la noche. Tened esto entendido; porque si el padre de familias supiere la hora en que podria venir el ladrón, velaria sin duda, para no dejarle escalar su casa: estad prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no penseis.

MEDITACION.

Que liberalmente premia Dios á los que le sirven.

PUNTO PRIMERO. — Considera con que liberalidad premia Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios especiales, gracias superabundantes, el precio de los méritos y de la sangre de un Dios hombre, dones sobrenaturales mas preciosos que todo el mundo junto; todo esto suele ser premio de una sola obrita de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un solo deseo de la alma justa.

Parece que olvida Dios los infinitos beneficios que nos ha hecho cuando se ofrece ocasion de hacernos otros nuevos, cuando le pone en ella nuestra fidelidad, nuestra buena correspondencia en su servicio. Cuando da los talentos, da tambien los medios, y la industria para agenciar con ellos, y si se adelantaron dos, él recompensa con cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejemplos, que acreditan la liberalidad con que recompensa el Señor los mismos dones que él nos comunica.

¡Pero con qué desvelo atiende á las necesidades de sus siervos! ¡Qué milagros no hace en favor de los que le siguen! ¿Van en su seguimiento las turbas, y olvidadas del alimento corporal, solo tienen hambre de sus divinas instrucciones? ¡Qué maravillas no obra para que nada les falte!

Quia in pauca fuisti fidelis, supra multa te constituam. Porque fuiste fiel en poquito, yo te premiaré con mucho. ¡Qué proporcion hay entre el trabajo y el salario! ¡entre el mérito y el premio! Cuando se trata de recompensar nuestros servicios no consulta Dios sino á su bizarrísimo corazón.

¿Pero qué servicios podemos alegar respecto de Dios? ¿Por ventura quanto podemos hacer no estamos esencialísimamente obligados á hacerlo? ¿no es sobrado premio, no es sobrada recompensa el tener la honra de estar en su servicio? Sin embargo, Dios quiere admitirnos por mérito el cumplimiento con nuestras obligaciones, y se digna destinar una recompensa infinita á la mas ligera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz; por haber dado en su nombre un vaso de agua; por haberle tributado nuestros respetos; la recompensa es un paraíso sin fin, una bienaventuranza eterna, la misma felicidad del mismo Dios. ¡Oh, y cuanta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y en medio de todo esto, divino Salvador mio, ¡será posible que yo me dedique á servir á otro dueño!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que aunque Dios no hiciera mas que darse por bien servido de que le sirviésemos, quedarían nuestros servicios sobradamente recompensados. ¿En la corte, en el servicio de un príncipe, cuántas veces no se recibe otra recompensa? Estragóse la salud, perdióse la vida, arruinóse la casa en servicio de un monarca, y una palabra obligante, ó un mirar con agrado vale un elogio, y no pocas veces se reduce á solo esto todo el premio. Pero al contrario, el mas ligero acto de mortificación, el mas leve sacrificio de un momento, una nada que se haga, ó que se padezca por Dios, al instante es recompensada con una asombrosa abundancia de bendiciones;

el mismo Jesucristo en el día de la cuenta no quiere hacer memoria sino de las cosas mas comunes, de las de menos esplendor y menos ruido, de las mas fáciles. ¡Gran Dios! un torrente de delicias, océanos inmensos de consuelo, una felicidad eterna é infinita, por un maravedí que se metió en vuestro tesoro; por una visita que se hizo á un pobre enfermo, á un encarcelado; por un acto de religion que no omití, cuando estaba obligado á hacerle bajo gravísimas penas. Y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, vos mismo os obligais á ser mi recompensa: *Ego ero merces tua magna nimis.* ¡O mi Dios! ¡y despues de todo esto teneis tan pocos que os sirvan! ¡y se hallan tantos, á quienes cuesta gran trabajo el servirlos! ¡y se encuentran muchos que son tibios, que son negligentes, que están disgustados en vuestro servicio! ¿Tenemos fe? ¿estamos bien instruidos en lo que nos enseña nuestra religion?

Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te. Señor, decia S. Pedro, *veis aquí, que todo lo hemos dejado, y que os hemos seguido.* A la verdad no habian dejado mucha cosa; una barca carcomida y unas redes viejas. ¡Pero qué premio tan inmenso! Abundancia de dones del Espíritu Santo; favorecidos y privilegiados del Dios vivo. Aun no basta; sentarse al lado del mismo Jesucristo para juzgar á todos los mortales á la frente de los escogidos, y ser compañeros de Cristo en la gloria, como lo fueron en la tierra. ¡O gran Dios! ¡y qué liberalmente recompensais á los que os aman! ¡Oh, y cuánta razon tuvieron los santos en servirlos con tanto aliento y con tanta fidelidad!

Y porque no se pensase, que esta divina liberalidad se limitaba únicamente á los Apóstoles, añadió inmediatamente: *Cualquiera que por mi amor dejare á su casa, y á sus hermanos; esto es, cualquiera que me amare con ternura, que me sirviere con fidelidad, que guardare mis mandamientos con perseverancia, yo seré su premio y su recompensa por toda la eternidad.* Si; ni un solo paso que se dé por Dios será olvidado; ni un solo cabello que sea arrancado por su amor, dejará de ser contado para el premio; ni una sola accion exterior, ni un solo acto interior que tenga á Dios por motivo, se quedará sin recompensa. ¡O liberalidad! ¡ó prodigalidad divina, y cuánto nos confundes!

¡Qué dolor, mi Dios, qué desesperacion será la mia en no haber querido servir á un amo tan liberal, que cuenta por servicios los deseos! Esto es hecho, y así os lo prometo con toda la sinceridad que me es posible. Os amaré toda la vida; os serviré hasta el postrer aliento con la mayor fidelidad.

JACULATORIAS. — ¡Qué grande es, Señor, la dulzura que tenéis reservada para los que os temen y para los que os aman! (*Psalm. 30.*)

Vos, Señor, sois mi recompensa, y el premio de todo lo que hiciere y padeciere por vos. (*Psalm. 15.*)

PROPOSITOS.

Aunque un Dios tan bueno y tan amable debiera ser servido por puro amor y sin el menor interés, pero no es incompatible con la verdadera virtud el fin de la recompensa; antes sirve para avivar nuestra confianza, y para animar nuestro fervor: *Inclinavi cor meum ad faciendas justificationes tuas in aeternum, propter retributionem*, decia el real profeta David. Aunque vuestros divinos preceptos son todas las delicias de mi corazón, con todo eso, éste se inclina también á guardarlos perpetuamente, por el premio que prometeis á los que fielmente los guardan. En todo tiempo es útil esta consideracion; pero sobre todo alienta mucho en ciertas ocasiones, en que el amor propio se queja del yugo del Señor; en que las pasiones meten mas ruido, y en que el tentador emplea sus artificios y sus máquinas. Tenede oprimido esa vida retirada, modesta, uniforme y arreglada; tu genio y tus pasiones quisieran estar mas á sus anchuras; sientes no sé qué tedio, no sé qué repugnancia á los ejercicios espirituales. Imaginate que Cristo, que la santísima Virgen, que el santo ángel de tu guarda te dicen lo que aquella generosa madre decia al menor de sus hijos, á vista de los tormentos que le estaban preparados: *Yo te ruego, hijo mio, que vuelvas los ojos hácia el cielo, y que consideres la grandeza del premio que te está prometido, y la rica corona que te espera.* Cuando te parezca que se te ha resfriado la devoción; en medio de esas arideces, de esas sequedades espirituales, cuando padezcas algunas adversidades, al experimentar esas cruces, que brotan necesariamente en todos los estados; da de cuando en cuando algunas ojeadas hácia el cielo, y piensa en aquellas bellas palabras del Apóstol: *Nuestras tribulaciones, que se pasan en un momento, y son en sí tan ligeras, nos producen un premio eterno de gloria, en grado tan excelente, que es superior á todo merecimiento.* Procura adquirir una especie de costumbre de mirar al cielo, y de considerar el premio que en él te aguarda.